



LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Directora propietaria, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

La virtud ciñe una corona de espinas, para ceñirla después de rosas. (Continuacion.)—A una campana; poesía.—La primavera.—Modas.—Revista de teatros.—Explicacion del figurin.

LA VIRTUD CIÑE UNA CORONA DE ESPINAS,

PARA CEÑIRLA DESPUES DE ROSAS.

(Continuacion.)

Me lancé en busca de aquel objeto y era ilusión; sin embargo, yo veía en mi memoria claramente el semblante de mi amo, envuelto en aquella túnica blanca y con las pupilas desecadas y las órbitas hundidas.

En vano quise tranquilizarme, y recordando aquellas palabras que me indicaban un peligro para la señorita, lo juzgué un aviso del cielo.

Me lancé á la calle: era media noche, y por cierto muy oscura. Negros nubarrones encapotaban el espacio y el aire silbaba á lo lejos, produciendo unos gemidos que daban horror. Porque en el silencio majestuoso de la noche en que

todas las voces y confusiones se estinguen, se oye quejarse el aire y gemir el mar, como pudiera hacerlo un enfermo ó un desesperado.

¡Hay presentimientos que no engañan; mi sueño habia sido uno de ellos: aquella noche fué horrible!.... Llegué á tiempo de evitar un crimen. Libré aquella pobre mártir de las garras de cuatro enmascarados, que la conducian medio ahogada, sin duda á los brazos del opulento Dux.

¡Oh! permitidme que no os refiera detalles, pues son horrorosos, y costaron la vida á dos hombres. ¡Qué diantre!... ¡No habia otro remedio; pues de ningun modo querian soltar su hermosa presa!.... Pero al fin me deshice de ellos, y pude ver libre y sana á la signora Elvira.

¡Oh! ¡Y qué agradecida y qué buena es!... Mi pobre familia y yo tenemos con ella un ángel tutelar; pues escepto para el amor, que no tiene cabida en su pecho, para todo lo demás es la caridad misma.

— ¡Quizá porque ha amado demasiado, Barbarini!

— ¿Cómo?

— Sí, escúchame. ¿Tú quieres su felicidad? Creo que sí, cuando has espuesto tu vida por ella.

— Y la espondría mil veces, señor.

— Pues bien: yo he venido de España, solo por hacerla dichosa. Yo sé la persona que ama y por la que llora y suspira constantemente. Ayúdame en mi empresa y será feliz. Mañana cuando venga á dar su paseo marítimo, me embarcaré yo con vosotros.

— No es posible; quiere ir siempre sola por entregarse con libertad á sus sombríos pensamientos.

— Pues bien, la dirás que soy un pobre naufrago, que he sufrido grandes desgracias, y he perdido mi familia en un estrago horrible, hácia la embocadura del Brenta. Que estoy desesperado, que voy á matarme y por eso me llevas consigo y no me dejas un instante: ella tiene un alma hermosa, se apiadará de mí, y no estrañará mi presencia en la barca.

— ¡Pero eso es engañar á la señorita!... ¡Yo no puedo!...

— ¡Barbarini! Día llegará en que por este engaño te colme de oro y favores ella misma. Te llevaremos á España con nosotros, y serás nuestro amigo, nuestro padre.

— Pero... ¿sois vos quizá el que la ama?

El desconocido, por toda contestacion, se quitó una gran barba postiza y su gorro de marinero, quedando su noble y hermosa figura á la vista de Barbarini, que le miró asombrado.

— ¡Hasta mañana! — fué su única contestacion, y ambos se estrecharon la mano.

XI.

Un gran sacrificio.

Muchas noches llevaban ya nuestros tres personajes de recorrer las lagunas, y el supuesto marinero apenas habia hablado cuatro palabras, y esas en voz disfrazada y ronca, para que de ninguna manera pudiese conocerle Elvira.

Su objeto era observarla, convencerse de si le amaba como siempre, si era tan infeliz como le habia dicho Barbarini, y si sería susceptible aún de felicidad.

Una noche ¡oh, qué hermosa estaba Venecia! esa magnífica ciudad que se asienta sobre ochenta islas, formada encima de maderos, y destacándose sobre el agua como si sus casas fuesen conchas nacidas en las rocas.

¡Cómo brilla el agua cercado sus grandiosos edificios! ¡Cómo se admira allí la grandeza del arte y la valentía del hombre!

Parece imposible que esté edificada en medio de lagunas, y que esto mismo la haga ser una, ó quizá la más fuerte plaza de Europa.

Pintoresco panorama ofrece de lejos la ciudad de los trescientos sesenta puentes que unen estas islas y la hacen ser la admiracion de los absortos y contemplativos viajeros, que la saludan despues de haberla visto y admirado en sus sueños como una de las perlas de más valía en la nacion de los Césares.

Toda la ciudad se hallaba iluminada, y multitud de barquillas cruzaban de un extremo á otro con banderas y gallardetes de colores. Se oian cánticos por todas partes, y caprichosos transparentes daban un aspecto mágico á los suntuosos edificios. Las estrellas, reflejándose en las aguas, formaban dos cielos; y la ciudad, en medio, parecia un fanal iluminado y suspendido en el espacio.

Ninfas ligeras, aéreas, caprichosas, iban en las barquillas hácia el palacio de la princesa más bella de la Italia, que daba un baile suntuoso.

Elvira las veia pasar, lánguida y fria como siempre.

El disfrazado marinero, en el cual habrán conocido nuestros lectores á Cárlos, la miraba enternecido. ¡Oh, qué hermosas noches habia pasado en esta grata contemplacion! ¡Cuánta amargura y amor sin esperanza pudo leer en los ojos de Elvira!... ¡Qué fidelidad y qué constancia tan superior!

¡Cómo gozaba Cárlos en la idea de haber inspirado una pasion, que ni la ausencia ni los imposibles habian podido destruir!

De repente, y casi sin haberla visto, se aproximó una barca, que llevaba un número de personas considerable para su tamaño.

— ¡Barbarini! — gritó un marinero, — te necesito; dá un salto y ayúdame á remar.

— No puedo.

—Es preciso: Pablo, mi compañero, no ha venido esta noche, y tú tienes que hacer sus veces, aunque por poco tiempo. Ven; me haces falta. Pronto te traeré otra vez á tu góndola.

—No puedo; — volvió á contestar el marino.

—¿Y si yo te dijera que mi tripulación peligra si no vienes?

Barbarini miró á Elvira apurado por la situación, y ésta le hizo seña de que socorriese á su compañero. El ágil marino dió un salto y pasó á la barca, que á pocos momentos se alejó de allí.

Entonces Carlos tomó los remos y ocupó el puesto de Barbarini.

Elvira se recostó lánguidamente, y el silencio más profundo reinó por algun tiempo. Las miradas furtivas de Carlos espresaban un mundo de pasión; pero no se atrevía á descubrirse ni á interrumpir la tranquila calma que parecía gozar en aquellos instantes su amada compañera.

Su corazón latía con el mismo entusiasmo que siempre había sentido por aquella mujer. La contemplaba extasiado, reprimía su aliento, y no se apartaban sus ojos de aquel rostro pálido, que parecía dormido ó muerto.

Una ráfaga de aire hizo flotar el velo de Elvira, que tocó la frente de Carlos: éste lo cogió, llevándolo á su boca é imprimiendo en él un silencioso beso. Corrió entonces por sus venas ese fuego misterioso que despierta todo lo que pertenece á la persona que amamos. Se sintió vacilante, conmovido, quiso hablar y su boca estaba seca, y su pecho no podía lanzar un sonido.

(Se continuará.)

ROGELIA LEON.

Á UNA CAMPANA.

Vibración misteriosa que al viento
Difundes tu doliente melodía,
Ya el día terminó: solemne y lento
Dice tu grave acento:
¿Qué has hecho de tu día?

Porque padeces de ventura escasa,
Díos á alegrar me manda tu retiro;
Pon, infelice, á tus lamentos tasa,
Que la existencia pasa,
Como pasa un suspiro.

ELENA G. DE AVELLANEDA.

LA PRIMAVERA.

Grande es la sabiduría del Hacedor Supremo.
¿Quién no se anonada y confunde al estudiar
sus obras?...

La criatura es impotente para penetrar los profundos arcanos de la ciencia divina. El hombre, destello de su esencia, no puede medir la longitud de su saber, ni abarcar, con su sola razón, los infinitos horizontes del pensamiento de Dios. La inteligencia humana tiene un límite, del cual le es imposible salir; una esfera que es el término donde concluyen sus esfuerzos, sus tentativas, sus atrevidos proyectos.

El que ocupa un sólio de imperecedera gloria; el que descansa sobre millones de emisarios suyos; el que habita un alcázar de oro, y sus miradas deslumbran, y su presencia estremece á cuantos participan de su escelsitud, es el mismo que formó de la nada el cuadro incommensurable del mundo. La bóveda azul la adornó de innumerables antorchas, cuyos fulgentes resplandores fascinan nuestro pobre entendimiento. Dió leyes á los astros, á todos los soles que están suspendidos sobre nuestras cabezas, y ninguno quebrantó jamás los preceptos que les impuso.

La naturaleza, obediente y sumisa, viene desempeñando fielmente la misión que le prescribió el Hacedor eterno en el principio de los tiempos. Así es que todos los años nos sorprende con escenas que jamás cansan, con novedades siempre nuevas para nosotros.

Aludimos á la época en que nos hallamos, al período que trasporta por su interés, por los recuerdos que despierta, por las agradables impresiones que produce en el alma.

En efecto: ¿puede negar nadie que la estación presente es la que más conmueve nuestro ser, la que más halaga nuestros sentidos? ¿No es acaso una estación alegre, risueña, florida,

consuelo de los que padecen, esperanza de los tristes?...

En el otoño todo es sombrío, melancólico, úgubre. Las montañas ostentan el color de la blanca azucena; la tierra carece de los atractivos que la embellecen; las plantas son aniquiladas por el huracán terrible; las aves no entonan armoniosos himnos; el céfiro abandona á las pocas flores que existen; el aguilon atruena el espacio con sus pavorosos silbidos. No se ven las galas que cautivan, las maravillas que ocupan.

Pero ¡qué revolución tan prodigiosa se verifica en la creación á la llegada de la primavera! La naturaleza parece que rompe los lazos que la oprimían, y se levanta arrogante, placentera, desafiando con su imponente actitud á la estación que la tenía completamente subyugada. Semejante á una dama que vá por la calle arrastrando riquísimo traje, se presenta engalanada, prendida, llena de vida y magnificencia.

Todo enajena y entusiasma.

Los árboles se trasforman completamente. ¡Qué aspecto tan agradable ofrecen! Sus ramas, maltratadas por los rigores del invierno, se visten de atavíos preciosos: los diferentes dibujos de sus verdes hojas, forman un conjunto que recrea el ánimo; bajo su fresco follaje se cobija el caminante para preservarse de la lluvia ó de los ardientes rayos del astro del día.

Los campos se cubren de tapices magníficos bordados de lindas plantas. No hay color que no se vea en la amena pradera, verdadero mosaico donde se encuentran multitud de objetos diversos.

Las flores asoman su cabeza por entre ropajes de esmeralda, derramando con profusión el delicado perfume que contienen.

Los montes presentan una vegetación frondosa que admira por su lozanía y por la variedad de arbustos y yerbas odoríferas que crece.

Observemos las fuentes que susurran alegres. Los arroyuelos transportan con su misterioso murmullo, y sus claras corrientes, arrastrando cuanto al paso hallan, serpentean por entre el musgo que á las orillas de su senda nace.

De elevadas cordilleras despréndense cascadas, cuyas aguas descienden á profundos valles,

haciendo con su vacilante curso ondulaciones caprichosas.

Millares de insectos lanza de su seno la tierra, viniendo á aumentar el número de vivientes que pueblan el globo.

Las aves sacuden sus brillantes alas, y recorren las campiñas y los cerros, gorjeando con indecible entusiasmo.

El céfiro visita la vegetación toda, y besa con ternura las gallardas plantas, recojiendo el aroma de las flores para embalsamar la atmósfera.

Los ríos se dilatan de júbilo, y saludan la primavera con el sonoro rumor de cristalinas corrientes, formando preciosos rizos con las mansas ondas que agitan su seno.

El mar encrespa su verde melena, y siembra su superficie con la nacarada espuma que sus olas levantan, demostrando á su manera el contento con que recibe á la princesa de los encantos.

La temperatura es benigna, y el cielo, encapotado antes de negras nubes, aparece sereno y riente, ora mostrando trasparente gasa, ora un velo de finísimo encaje, ya de una tinta de color de púrpura, ya un manto de límpido azul.

Y los seres todos que en el mundo palpitan, saludan también gozosos á la esclarecida reina, que, con su rubia cabellera y la sonrisa en los labios, y orlada de diadema de flores su cabeza, y envuelta en blancas vestiduras que simbolizan la alegría, se presenta á sustituir al duro y riguroso invierno, ese grave y terrible anciano coronado de canas.

Sublime es, en verdad, el espectáculo que ofrece la naturaleza en el tiempo que atravesamos. ¡Qué escenas tan interesantes se verifican en este soberbio eden!...

Las lilas, agrupadas en lindos racimos, se entretienen en derramar su esquisita esencia, y orgullosas se balancean blandamente movidas por el ligero soplo de un viento suave. La casta azucena enseña con modestia su corola de oro, y se columpia silenciosa en medio de las plantas que admiran su belleza. La rosa, sultana de los pensiles, se complace en recibir los homenajes que le tributan las demás flores. ¡Con qué majestad se eleva el esbelto clavel sobre la amena pradera! ¡Con qué alborozo se agita la sencilla

y elegante amapola! El lirio juega con las auras. El jazmín de verdes anillos adorna los plácidos campos con los festones y guirnaldas que ejecuta. La enredadera, entrelazándose amorosa, forma caprichosos dibujos con sus campanillas azules. La acacia se guarece bajo un manto de verdura. El alelí exhala un olor suavísimo. El pensamiento ostenta con timidez sus hojas de terciopelo. ¡Cómo se mece voluptuosa la bonita adelfa, esmaltando las riberas de sus hojas purpúreas! El jacinto derrama generoso las gotas de diamante que recoge en su pétalo en las serenas noches. La pasionaria se eleva ufana á una considerable altura, sin duda para lucir su hermoso ropaje de zafir. El resedan toma también parte en el general bullicio; con liberalidad suma vierte esquisita esencia. El eliótropo murmura dulcemente, abriendo su corola á las influencias atmosféricas. El tulipán, de gentil donosura, se ocupa en exhibir sus gracias que embelesan á las demás plantas. La angélica despliega todo su esplendor asomando su preciosa cabeza por entre las hojas que la circundan. La peonía brilla en las campiñas por su hermoso color encarnado. La capuchina irrada misteriosos rayos al asomar la aurora. La margarita baña en su cáliz al humilde insecto que con ella se recrea. La siempreviva palpita de júbilo al advertir el prodigioso cambio que en la creación se opera. Reparad cómo la madre selva esparce arrobador incienso, cómo la camelia deja ver su belleza por entre su espeso follaje, cómo la dalia sacude su inercia para fascinar con sus atractivos.

Mientras los vegetales cautivan nuestros sentidos, verifican otras escenas que sorprenden, que embargan nuestro ánimo. El grillo, ese modesto músico de las praderas, abandona su morada, y escondido entre la fresca yerba, hace oír su acento agradable, aunque monótono; con solícito afán mueve sus bordadas alas, cuyo roce produce el sonido que nos preocupa. La mariposa describe infinitos círculos con su vacilante vuelo. ¡Con cuánta ternura acaricia á las lindas plantas, extendiendo sobre ellas en forma de abanico sus vestiduras de seda! Los pajarillos saltan de rama en rama, y entablan conversaciones amorosas en las frescas copas

de los árboles: en sus picos llevan materiales que recojen para construir sus pobres viviendas. El ruiseñor, rey de los cantores, entona apacibles himnos entre frondosos álamos, hiriendo nuestros oídos el eco de las notas melodiosas que nos envía el céfiro. La calandria, recorriendo amenas cordilleras, remeda el canto de las demás avecillas, y hiende alborozada los aires haciendo resonar fuertemente su armoniosa voz. La oropéndola de precioso plumaje, gorjea dulcemente posando sus plantas sobre hermosos pabellones de flores, ó sobre sauces amarillos. El mirlo se deja ver con sus negros hábitos por entre espesos matorrales, y el singular trino que le distingue es escuchado por las plantas que responden con extraños suspiros. El gilguero recita sentidas estrofas apoyándose en las ramas del haya melancólica; el pardillo canta con frenesí sobre lianas de pintoresco aspecto; el verderon alegra á las campiñas esmaltadas de nácar y oro con su simpática voz. Y la codorniz, anuncia su presencia en el bello prado; y la paloma, llena de tiernos ósculos á su querido consorte sobre el robusto cedro; y la tórtola, habla de amores en el florido valle.

¡Bello, grandioso, encantador es el cuadro que ofrece la creación en el período más importante del año! Nuestros sentidos quedan suspensos al ser testigos de los hechos que se verifican en la galana primavera, época en que todo sér viviente se regocija, porque es la estación que más habla al espíritu, porque es el tiempo en que las ilusiones renacen, las ideas bullen en nuestra mente, los pensamientos se engrandecen, el corazón late con más júbilo, el alma se conmueve suavemente, la inteligencia es herida por nuevos fulgores. El hombre, destello de Dios, imagen de la Divinidad, producto de su sabiduría, hechura de sus hábiles manos; causa, en fin, de las maravillas todas que nos confunden, siente rejuvenecerse, fortificarse, y vuela en alas de su fantasía á mundos desconocidos, á regiones esplendentes, á la mansion donde es adornado con inmortal aureola.

La naturaleza es, sí, un gran libro cuyas bellas páginas nos testifican la majestad del Sér Supremo. ¿Quereis llegar á conocer su omnipotencia, su bondad, sus inefables atributos?

Pues aprended en la escuela de la creacion, donde han recibido sus inspiraciones los artistas más ilustres y los más profundos filósofos. Vuestras dudas, ateos, escépticos, indiferentes, obcecados, se desvanecerán por completo, si analizais detenidamente el admirable conjunto de portentos que constituyen la obra colosal del mundo.—*Roman Doldan y Fernandez.*

MODAS.

Correo de señoritas.

Vamos al templo de la moda, mis amables lectoras, donde el refinamiento del gusto parece que tiene su asiento.

Por caprichosa que á veces se presente, adoptando un momento escentricidades en obsequio de la variedad, vuelve enseguida su preferencia hácia todo lo que seduce por ser realmente bello.

Con respecto á trajes, no puedo hacer más que dirijiros á Mad. Blum que se llama independiente en sus ideas, siguiendo los principios de la suprema distincion. Es digna de mencionarse la sencillez de sus *toilettes*, pero en sus adornos escoge siempre los mejores auxiliares para llevar á cabo unas obras maestras del arte. Encajes, entredoses, pasamanerías, franjas, á las que, segun el género que adopta, da más ó menos importancia.

Allí se admira un lindo traje de foulard pensamiento con camail igual; los bordados son perlados.

Otro de tafetan azul, guarnecido de terciopelos negros, colocados sobre un volantito de ocho centímetros, rodeado de terciopelo por cada lado. Los terciopelos dispuestos en dos vueltas, estaban superados por picas liadas con una franja de fantasía, aligerada con calados en el bajo de cada pica. Las mangas tenian hombreras iguales, y una linda manteleta *assorti*, con el mismo adorno, sobre un volante de tela.

La forma de los sombreros nada varía ni sufre ninguna innovacion pronunciada. Generalmente son capotas de tul blanco, adornadas de guiraldas de flores colocadas sobre el borde

del ala; el mismo adorno por encima y bavolets de blonda.

Capotas de crespon de color, guarnecidas de mazorcas de flores y de tul *malines*. El crespon rosa con ramos (*muguet*), lirio de los valles y botones de rosa es encantador.

Una capota de crespon verde esmeralda con fondo flojo de tul blanco á motitas, y adornada de (*paquerettes*) margaritas, en una mazorca de yerbas. Una cinta de tafetan verde formando tres largos bucles y dos cabos sobre el fondo, y el interior adornado por el mismo estilo, habla de primavera y simboliza la estacion deliciosa.

Tambien hay sombreros de tul negro con bridas y bavolet de tafetan azul, guarnecidos por dentro y por fuera de violetas del mismo azul nuevo y con el ala formando un poco Marie-Stuart.

Si quereis ver agotados los recursos del arte con respecto á adornos, podeis ir á Mad. Coudré (casa Tilman), donde hallareis encantadoras creaciones, en las que domina el indefinible *azul nuevo* en todas las mazorcas de yerbas escojidas para doblar el efecto que debe producir. Las rosas de mayo componen un adorno enteramente primaveral; además los pequeños *pouffs* de azaleas de mayo. Las rosas entre musgo son un precioso adorno para los sombreros de paja.

Despues de Pascuas se apresuran las novias á escojer coronas nupciales en casa de Madame Coudré. Hé aquí tres preferidas por tres damas del gran mundo.

La primera es de lilas blancas y primaveras; la segunda de azaleas y flores de azahar; y la tercera de jacintos acompañados de *traines*. Los *bandeaux*-diademas se llevan generalmente.

La Villa de Lyon posee pasamanerías de maravillosa riqueza, recomendables á las elegantes para concluir sus *toilettes*. Igualmente tiene imitaciones de encaje reproduciendo lazos, flores y medallones para colocar sobre los trajes y las confecciones. Merecen mencionarse las cintas, los lazos, los cinturones en abundante provision.

Para trajes de primera comunión, la Diócesis de Paris habia decretado la muselina blanca con un sencillo dobladillo; no obstante, se confeccionan tambien en organdí claro, con algun

adorno de entredoses y volante más ó menos ancho en el borde de la falda. El velo, de organdí claro.

Hoy he adornado á mis queridas lectoras más de primavera que en mi último artículo: creo me lo agradecerán; veremos en el siguiente lo que puede ofrecerles

JOAQUINA DE CARNICERO.

Paris 30 de abril de 1863.

REVISTA DE TEATROS.

Album de LA VIOLETA.

La temporada teatral está próxima á interrumpir sus espectáculos, durante los meses del estío. Nos hallamos, pues, en el mes último de esta malaventurada temporada.

Sensible en alto grado es para nosotros escribir siempre de una misma manera el preámbulo de esta revista, cuyo carácter literario apenas puede salvar las condiciones de una enojosa jeremiada; pero, amantes de la verdad y de la justicia, no debemos sacrificarlas.

Preciso es ya confesarlo de una vez: la crítica de teatros se va haciendo imposible. Aunque estuviéramos animados del mejor deseo, aunque hiciéramos propósito de adoptar una indulgencia escesiva, no podríamos trazar seriamente una revista, porque al ser leída por nuestros favorecedores la condenarían al ridículo.

Esta es una verdad palmaria. ¿Cómo hemos de ser indulgentes con obras á quienes el público ha tratado con dura severidad? ¿Cómo hemos de justificar absurdos sobre los que ha lanzado un veredicto inexorable la opinion?

Porque la opinion existe, y la prueba está en que no *paga lo malo* como en tiempo de Lope de Vega, que satirizó admirablemente el estrago del buen gusto, sino que por el contrario lo deja morir con frio desden, lo deja morir por inanición, que es una muerte horrorosa.

Si la opinion existe, si su fallo es eminentemente razonable, júzguese cuán estériles serán esos triunfos ficticios preparados por la *claque*, en los cuales se hace un estrépito furioso, pidiendo al autor, y hasta arrojándole alguna manoseada corona, que sirve como de complemento á aquel alarde delirante: el ridículo,

solo el ridículo, es lo que alcanza el que merece esas desatentadas manifestaciones, que unas veces inspiran desden y otras la cólera y la indignacion. Al tercer día muere la obra, abandonada por la concurrencia que no quiere pagar su *bondad*, y el brillante estreno no ha sido otra cosa que un ruidoso funeral.

Hé aquí por qué la crítica ofrece hoy un terreno candente, y por lo que el mayor obsequio que podemos tributar á las obrillas mediocres que se exhiben, es no ocuparnos de ellas, pues de otra manera no se podrían juzgar sin dureza.

Al fin de la temporada hemos de hacer en estas columnas un resumen de los trabajos de las empresas; pero hoy, aunque sea de paso, no podemos menos de consignar aquí, que todas han hecho esfuerzos laudables por sostener el decoro del teatro, y que la culpa de su decadencia pertenece esclusivamente á los autores.

Las empresas han ofrecido al público lo que tenían: siendo una necesidad perentoria el estrenar obras para satisfacer el deseo que se paga incesantemente de la novedad, han presentado las mejores que tenían á su alcance, desechando una muchedumbre de ellas que serian admirablemente disparatadas, cuando no han podido figurar al lado de tanto mezquino engendro.

Entre todas las empresas es digna de elogios la del Principe, cuyo director ha afrontado con notable valentía los ataques de la crítica, prefiriendo sostener su teatro con obras del repertorio, á estrenar otras cuyo naufragio hubiera sido inevitable.

Lo repetimos una y mil veces: el mal está en la ineptitud de los autores, en que todas sus miras se reasumen en la cuestion financiera, en que se trabaja á destajo, se traduce á diestro y siniestro, se arregla, se plagia, se explota el arte de una manera inconveniente: el mal está en que el pensamiento no piensa, las facultades sensitivas no sienten, la inteligencia se deshereda de toda inspiracion, acosada por ese vértigo del positivismo moderno que engendra tantas miserias.

Muchas han sido las obras estrenadas desde nuestra anterior revista; pero renunciamos á hacer su exámen, porque resultaría una verdadera anatomía de cadáveres sepultados ya en el

olvido. Dejemos, pues, descansar á los muertos.

El día 23 de abril se celebraron en la iglesia de las religiosas Trinitarias, las exequias dispuestas por la Academia Española, para celebrar el aniversario de la muerte de Miguel Cervantes, príncipe de nuestra literatura, y autor de ese libro peregrino que todos veneramos con júbilo imperecedero.

La ceremonia fué solemne, concurrida y brillante: ofició el Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Sevilla, y pronunció la oración fúnebre el Sr. Obispo de Sigüenza, que rayó á grande altura en su admirable discurso.

Los coros estaban dirigidos por el Sr. Barbieri, encargado de coleccionar trozos de música pertenecientes al siglo XVI, que fueron cantados por voces solas, sin acompañamiento de orquesta. Esta combinacion maravillosa ha reputado mucho al Sr. Barbieri, por el efecto sorprendente que causó, y por el carácter sublime que imprimió á la ceremonia.—Reciba, pues, nuestra enhorabuena el aplaudido compositor.

Uno de los teatros donde han fracasado más obras es el de Jovellanos: allí se ha puesto en escena un sainete bautizado con el título de zarzuela, cuya música pertenece al maestro Oudrid. El libreto se apellida *Influencias políticas* y es arreglo de otro arreglo de Breton de los Herreros, que le tituló: *¿Se sabe quién gobierna?*

Influencias políticas reconoce por autor al Sr. Pina. Más que zarzuela es una caricatura de bien mediano corte; pero su exageracion hizo reir á la concurrencia, y por este motivo no sufrió completamente los horrores del naufragio. La música, que es del Sr. Oudrid, no es del todo insignificante.

Se anuncia la próxima aparicion de una comedia de magia en Variedades titulada *Los Encantos de Brijan*, original del Sr. Meneses y Padilla, para cuya representacion no omitirá la empresa ningun gasto, á cuyo efecto vá á construir diez y ocho decoraciones. Será dirigida por Romea y los coros estarán á cargo del Sr. Oudrid.

En Novedades se puso el 2 en escena una alegoría en un acto y en verso, titulada *Apoteosis de Daoiz y Velarde*, y un drama en tres actos y un prólogo, titulado *Los franceses en España*.—Ambas producciones están escritas con entusiasmo.

Los circos ecuestres han publicado ya las listas de sus respectivas compañías, con motivo de la próxima inauguracion de sus funciones, única diversion que queda á la coronada villa en los meses de verano.—Al elegante circo construido por el Sr. Rivas, vienen los hermanos Ciniselli al frente de cuarenta artistas; y contando con cincuenta caballos amaestrados, en libertad y á la alta escuela.—Al de Mr. Price viene tambien una numerosa y escogida compañía, entre la que figuran los conocidos *clowns* Wythoine y Sechi.

Parece que en el circo de Paul, situado en la calle del Barquillo, actuará tambien otra compañía de acróbatas.

Tambien se anuncia la venida de Mr. Blondin, que á la sazón está llenando de asombro al público de Valencia con sus peligrosos ejercicios acrobáticos. Este intrépido artista ha pasado sobre una cuerda y con la cabeza metida en un saco, la espantosa catarata del Niágara.

El verano promete, pues, ser fecundo en saltos y piruetas.

LEANDRO ANGEL HERRERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

1.^a figura. Vestido de glasé color de ave-llana claro, el bajo de la falda y el delantero le adornan unas cruces, puestas de trecho en trecho, formadas por cintas de terciopelo y rodeadas de una blondita estrecha. Cuerpo alto con dos petos cerrado con botones. Manga entreancha, adornada igual que la falda. Cuellos y mangas de encaje. Adorno de cabeza, de blondas y rosas, muy alto en la frente, que baja formando un lazo por detrás.

2.^a figura. Vestido liso de glasé azul; paletot negro de glasé, ancho por delante y entallado un poco por detrás. Unas cintas de pasamanería, rodeadas por un lado de una blondita estrecha, y con botones en los extremos, adornan los delanteros, repitiéndose en el pecho, espalda y mangas; estas son estrechas y abiertas hasta el codo con hombrera de pasamanería. Sombrero azul, adornado con blonditas estrechas, blancas y negras, rosas, hojas verdes y cintas de raso.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario.—VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1863.—Imprenta de MANUEL DE ROJAS, Pretit de los Consejos, 5, principal.



